

tención de Godoy. Estalló el motín de Aranjuez el 18 de marzo y con él la consiguiente caída del favorito y la abdicación de Carlos IV al día siguiente.

Rápidamente se propagó por toda España las alarmantes noticias de la entrada francesa y del motín de Aranjuez, con la precipitada llegada del gran duque de Berg al tener conocimiento de lo ocurrido a Aranjuez, el día 23 de marzo. Se produjo el consiguiente revuelo y la incertidumbre se extendió por toda la península. Vienen después los instigados disgustos entre Carlos IV y su hijo Fernando VII y el viaje de ambos a Francia para resolver sus diferencias ante el Emperador. Fernando cruzaba la frontera francesa en su engañado viaje el 20 de abril, camino de su cautiverio de Bayona, y Carlos y María Luisa diez días después. En los últimos días de este mes ya habían estallado alborotos en Toledo y Burgos que hacían presagiar el tormentoso lustro que iba a ocasionarse.

En tanto, Murat se iba apoderando sin disimulo alguno de los principales lugares de Madrid. Las instrucciones recibidas para que marcharan igualmente camino de Francia la reina de Etruria con su hijo y el infante D. Francisco de Paula, extremaron la indignación popular y aumentaron la prevención con que los españoles habían recibido la visita de sus supuestos aliados. Y así hubo de llegar el 2 de mayo, fecha inicial del levantamiento de Madrid contra la crueldad y perfidia francesa y las forzadas abdicaciones de Bayona. Continúa después el levantamiento por Asturias y se propaga el alzamiento por Santander, La Coruña, Sevilla y finalmente ya por toda España.

La falta de un gobierno central independiente y con autoridad suficiente para encauzar el movimiento iniciado de defensa de la patria hizo surgir el gobierno particularista de las provincias, formándose las juntas locales, dispuestas a enfrentarse con el hasta entonces invencible ejército napoleónico. Surgieron sublevaciones en aquellos lugares donde los generales no secundaron el movimiento de independencia por excesivo y prudente cálculo y las juntas provinciales formadas por el pueblo para su propio gobierno, entablaron amistosas negociaciones con Inglaterra que fueron bien acogidas. Todas ellas considerándose responsables y con autoridad suficiente para mantener y dirigir la lucha, y algunas, como la de Murcia, se dirigió al ministro de Asuntos Exteriores inglés, Canning, en estos términos: «Esta provincia no quiere tratar como de comerciante a comerciante, sino como de Corte a Corte y de Nación a Nación».

En tanto, habían seguido entrando fuerzas francesas en España y

